

Alebrijes: herencia, amor y tradición. Una entrevista a Gerardo Linares

Mónica Guadalupe

Hernández Martínez*

Gerardo Iván Linares Gómez es un joven artesano originario de la Ciudad de México; desde los nueve años se ha dedicado a la cartonería y creación de alebrijes: un digno representante de la familia Linares. Se ha presentado en diferentes partes de la República como: Ciudad de México, Toluca, Guanajuato, San Luis Potosí y Guadalajara.

Nos comparte que la historia del alebrije inicia cuando su bisabuelo don Pedro Linares tenía 11 años; él enferma de gravedad a causa de una úlcera en el estómago, tiene fiebre y cae en coma. Sueña y ve éstos seres que se lo querían comer; eran gente descarnada. Vio animales que se fusionaban con otros. Cuando él despierta tenía la inquietud de plasmar éstos seres. Pero tiempo después, entre los 22 y 24 años logra plasmarlos. El mismo sueño le dio el nombre: los monstruos le gritaban “¡alebrije, alebrije!”, por ello los nombro así.

La última exposición de Gerardo fue en *La feria artesanal* con motivo del día de las artesanas y los artesanos, organizada por el Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (Fonart), presentándose junto a 45 artistas en el Museo Nacional de Culturas Populares, ubicado en la Alcaldía Coyoacán. La feria estuvo del 16 al 19 de marzo de 2023 de 11:00 a 19:00 horas. La entrada fue libre. En ella presentó llaveros de judas, máscaras, cráneos, catrinas y no podrían faltar los alebrijes.

* Licenciada en Comunicación
y periodismo por la Facultad de Estudios
Superiores Aragón, Universidad
Nacional Autónoma de México.

¿Cuándo fue la primera vez que tocaste una pincel?

—Me comentan, pues yo no recuerdo todo eso, pero si hay evidencia de que yo desde muy niño estaba con mi bisabuelo ya dando lata con el engrudo. Me comenta mi mamá que yo agarraba de base al gato que teníamos en casa para pintarlo. Tenía cuatro años o cinco. Fue la primera vez que toqué un pincel.

Adentrándome a mi trabajo yo creo que como a los nueve años cuando empecé a tocar los materiales en forma.

¿Cómo fue tu infancia?

—Fue muy bonita, una infancia que muy difícilmente van a regresar. Porque ahora todo es muy electrónico, entonces ya no echas a volar tu imaginación, ya no sales a la calle como antes se acostumbraba, con tus vecinos, con tus amigos a la calle a jugar las escondidas, el bote pateado, el juego del cinturón, que lo escondías y con eso te agarrábamos a cinturón, las canicas, el trompo. Todos esos juegos los practicábamos. Incluso el fútbol, yo era muy futbolero de niño; casi todos los días estaba yo en la calle jugando.

Cada domingo nos íbamos al parque que se encontraba cerca de “la casa de ustedes” a jugar fútbol. Nos reuníamos alrededor de yo creo que... éramos unos 25 en total, entre vecinos, amigos y demás, que nos juntábamos. Regresábamos a las 11 o 12 de la noche por el gusto de estar jugando. Terminabas todo cansado, raspado y demás, pero la diversión nadie te la quitaba.

Pero también fue una etapa complicada. Antes, hace más de 20 años, era muy complicado que una persona te comprara artesanía; no tenía ese *boom* como ahora que entre comillas “es un poquito valorada la artesanía”, porque antes, decir que tú eres artesano, te veían como poca cosa, que no eras nada.

Entonces, pasamos esa etapa donde a veces no había ni para comer en “tú casa” y a mi abuelo, el papá de mi papá, acostumbraba darme cada domingo mis 10 pesos, que en aquel entonces diez pesos era mucho dinero, podías comprarte unas papas de a peso, un *frutsi* de a dos. Yo veía las carencias que había en casa, los gastos, incluso que a veces quedábamos sin comer, pero yo veía mi abuelo que él tenía trabajo, él no padecía eso. Él ya estaba posicionado; mi papá estaba haciéndose de su nombre, era válido.

En aquellos entonces, había gente que realmente sabía de arte popular mexicano. Era gente que dedicaba toda su vida a estar investigando, sacar libros, que realmente fuera creadora y, la otra, que tuviera trayectoria.

Esas etapas difíciles te enseñaban a valorar tu trabajo y a perfeccionarlo también. Entonces, todo eso me llevo a la decisión de decirle a mi abuelo: “ya no me de mi domingo”, porque también se me hacía mala onda esperar el domingo, estirar la mano y esperar mis 10 pesos. Sentía algo interno que me decía: “¡ya!, sabes qué, ¡aplícate y dale al trabajo!” Yo le dije a mi abuelo, deme trabajo, realmente requiero más dinero.

Recuerdo que la primera vez que le dije eso a mi abuelo. Soltó la carcajada, y me dijo: “que ya no te gustan 10 pesitos, ¿cuánto quieres de domingo? Y le dije: “no, yo lo que quiero es ganarme esos 10 pesos y él me dice: “bueno hijo, ¿qué te ha enseñado tu papá?”.

Antes, había mucha moldura para los judas, porque antes se vendían muy bien los judas para Semana Santa, los cascos igual para las representaciones de Cristo... las máscaras. Me acuerdo que mi abuelo me sacó como cinco moldes de judas, y en todo un día nada más terminé uno. Cuando llegaba el momento de sacar el cascarón del molde, todo se rompía, estaban muy delgados o no pegaba el papel como realmente era; entonces sí me decía mi abuelito: “¿qué pasó, no que te había enseñado tu papá? Si nada más forraste uno, hijo. ¿Todavía quieres que te dé más dinero? Sabes qué, ahí están tus 20 pesos”. Y ya me daba 20 pesos por forrar un cascarón que me salía todo feo, pero todo eso me llevó a adquirir esa habilidad. Yo empecé desde abajo y me seguí adentrando al trabajo.

Me acuerdo de la quema de judas. Cuando llegaba la Semana Santa, me ponía a hacer mi judas para la quema. Quien me impulsaba un poquito era mi abuelo; me decía: “haz tu judas para que la tradición no se pierda”. Antes no medías ni la dimensión, ni las proporciones de hacer una figura. Me salían unos muñecotes. Los primeros judas que yo realizaba me salían de cuatro o cinco metros.

Me tocó aprender con mi abuelo cómo se iba colocando la pirotecnia. Cuando me dejó por primera vez los cuetes me dijo “¡ya encuétalos porque estamos todos ocupados!” Le pregunté: ¿y cómo van? “ Las vueltas van primero, los silbatos va primero para que no te truene todo en la cara, hijo”.

¿A qué te hubiera gustado dedicarte de pequeño?

—Quería ser bombero, policía o jugador de fútbol. También me gusta la gastronomía, parte de lo que estudié, Turismo. Es parte de la artesanía. Esto me ayudó a abrir el panorama.

¿Cuál fue la primera pieza que quedó conforme lo imaginaste?

—Fue un alebrije, con cuerpo de muerte, con cabeza de toro con perro. La cabeza la pinté de negro, con ojos de insecto, con colores llamativos. El cuerpo era color verde. Tenía como 12 años.

¿Cómo decidiste dedicarte al cien por ciento a la cartonería y no al Turismo?

—La convivencia con un maestro artesano porque en una escuela de Turismo todo es muy rápido: vas por ciertos días y no puedes apreciar ese tipo de cosas. Yo prefiero dedicarme al oficio de la cartonería. En primera, porque es un arte que te absorbe. Si tú le tienes ese amor y paciencia a lo que realizas, es muy difícil soltarlo.

Me ha tocado no trabajar en dos o tres días y ya me urge por querer hacer algo. Esto me llevó a tomar la decisión de dedicarme a esto.

¿En qué otros lugares te has presentado?

—Me he presentado en diferentes partes de la República. Me he presentado en Guadalajara, en Tequila, en Toluca. En Saltillo nos contrataron para intervenir en unos hongos gigantes para un juego de una atracción que había en una plaza. También en Veracruz nos hemos presentado... Guanajuato, estuve viviendo un tiempo... en Puebla.

Me estaban haciendo una invitación a Colorado, a un museo, cuando desafortunadamente se atravesó la pandemia, y no tuve el gusto de representar a mi país y mi familia en Colorado.

¿Cuál es el trabajo que más se te ha dificultado?

—Es el alebrije. Lleva gran parte de las artes plásticas; en qué sentido: el modelado, la pintura, proporciones, dimensiones, todo eso va de la mano con el alebrije. Si no hay las

bases necesarias, ni el conocimiento, simplemente no se puede realizar un alebrije. Porque es modelado con papel. Puede decirse que es una escultura en papel.

¿Cuál ha sido el trabajo que más te ha gustado?

—No tengo un preferido puesto que todavía no lo hago.

¿Qué te dice la gente al ver tu trabajo?

—Simplemente, queda maravillada porque son cosas raras que la gente ve. No se imaginan que un alebrije puede llegar a tener dos cabezas, una cola de pescado, ¡qué sé yo! La imaginación de uno mismo hace que la gente quede impactada al ver estos seres. Ellos quedan encantados y sorprendidos de ver nuestro trabajo.

¿Cuáles son tus planes a futuro?

—Seguir perfeccionando mi trabajo para llegar a la altura de los grandes maestros, que en este caso sería mi bisabuelo, seguirían sus hijos; en este caso, mi papá. Seguir mejorando, seguir difundiendo todo lo que tenga que ver con la obra, arte y vida de mi bisabuelo, parte de la familia. Que a final de cuentas continuamos con éste legado que él nos dejó.

Seguir cumpliendo otras misiones de perfección del mismo trabajo. Ahora ha habido mucha piratería, mucha gente que trata de imitar el trabajo. Estamos a la salvaguarda de toda ésta herencia de mi bisabuelo.

¿Qué significa para tí el alebrije?

—Es mi todo. Yo creo que si este arte no lo hubiera inventado mi bisabuelo, no me imagino a qué estaría dedicándome ahora. Es esta escultura o esta idea que tuvo mi bisabuelo, me ha brindado muchas oportunidades, desde crecimiento y también como persona. Realmente, nos decía, si nos íbamos a dedicar a hacer este tipo de trabajo, que lo hiciéramos con amor y cariño, que si no, no hiciéramos cochinas. Eran valores que nos enseñaba, porque decía “si hoy tienen para comer y ya les compraron una pieza, tienen que pensar en el día de mañana, porque no siempre va a ser lo mismo; traten de no perder el piso: sean sencillos”. Son valores que fue dejando y que tenemos todavía vigentes.



“Gerardo Linares”,
fotografía de Mónica Hernández.



"Alebrije",
fotografía de Mónica Hernández.

"Cráneo y cabeza de judas",
fotografía de Víctor Robledo.



"Cráneos en proceso de creación",
fotografía de Víctor Robledo.

